

MI ANIVERSARIO CUARENTA

JULIO GARCÍA ESPINOSA

CUBA

Permítanme un punto de vista personal en relación con el año 1959. Es decir, no hablar de lo que pasó sino de lo que me pasó al triunfo de la Revolución Cubana. Contarles, en apenas tres cuartillas, el proceso de mi propia identidad, antes y después de la Revolución.

En horas del amanecer del primero de enero de ese año, sentí de pronto fuertes e inesperados golpes a mi puerta. Estaba a punto de saltar por la azotea, cuando oí gritos familiares. Era Titón que me anunciaba que Batista se había ido. Nos abrazamos emocionados. Afuera un torrente humano llenaba todas las calles de la ciudad.

Unos años antes, en 1951, habíamos llegado a Roma a estudiar cine ganados por las ideas del neorrealismo italiano. Ocurrió que donde menos aprendimos fue en la Escuela. Fueron la vida y las buenas amistades quienes enriquecieron nuestra identidad aún virgen y en pugna. Pero allí, en la distancia, lo primero que descubrimos fue a Cuba. En Italia, plena entonces de ideas y de contradicciones, deshaciendo viejos y nuevos entuertos, fue donde nuestra identidad también encontró, por primera vez, en el destino de la isla, su propio destino.

Regresamos en el 54, en plena dictadura de Batista. Nos incorporamos a la Sociedad Nuestro Tiempo, corazón de la intelectualidad cubana de entonces, centro de la independencia cultural del país. Un año después, realizamos el documental *El Mégano*, que se reconoce como el antecedente histórico del actual cine cubano. La policía de Batista prohibió el documental y yo fui preso y sometido a interrogatorio. Me dieron veinticuatro horas para entregar el filme. El hecho en sí me permitió nuevas revelaciones. En el proceso de dilatar la entrega de la cinta, nos enteramos de que la orden para prohibir el documental no venía del gobierno batistiano sino directamente de la embajada de los Estados Unidos. Me reconocí desde ese momento, y para siempre, como un eslabón más en la lucha contra la dependencia norteamericana.

El triunfo de la Revolución significó un verdadero sismo espiritual en todos nosotros. De repente sentimos que la identidad no era una paloma detenida en el tiempo. La identidad, contenida en su expansión durante tanto tiempo, renacía ahora alumbrando nuestros rincones más escépticos.

Sentíamos que finalmente nuestra vida interior era conciliable con nuestra vida pública. El tiempo se hacía uno e indivisible. El presente se volvía pasado y el pasado, presente y futuro. La imagen que ahora mirábamos en el espejo, no era la de un extraño, sino nuestra propia imagen. La realidad cambiaba, se transformaba, explotaba en mil cristales prodigiosos. Tuvimos la dicha de tener como amigos a los mejores hombres y mujeres del mundo. Se derribaban los muros que hacían imposible mirar de frente a la vida. La solidaridad, que entonces comenzó a ser posible, nos hizo crecer humanamente. Y de pronto, Nuestra América. Nuestra América apareció como esa gran Patria Común que nos había sido negada. Los grandes maestros, los héroes inmensos, ya no fueron sólo los otros. Descubrir a América Latina y al Caribe fue también exploración de nosotros mismos, fue reencontrar a Martí alertando definitivamente nuestras conciencias.

Yo, personalmente, casi enloquecí con las turbulencias que provocaba la Revolución en mi propia identidad. Nacido y criado en el teatro popular, me había sentido en ese teatro, como en la cima de la cultura cubana. Un buen día, o mejor, un mal día, mucho antes de que el país saliera de su inercia, había descubierto que otros sectores de la población despreciaban ese teatro. Se me revelaba que existía otra cultura, pero era como si esa otra fuera antagónica a la mía. Yo, que jamás he gozado de una gran autoestima, sentí mi identidad más lacerada que nunca. No podía entender que el barrio de Cayo Hueso, uno de los barrios más populares de la ciudad, no perteneciera a lo que se pudiera considerar como la alta cultura. El azar, que también forma parte importante de la vida, vino en mi auxilio. Por azar conocí, todavía siendo muy joven, a algunos de los mejores amigos que he tenido nunca. Amigos poetas, pintores, arquitectos, que formaban fila en la que para mí era la otra cultura. Fueron estos amigos los que me hicieron ver que existía una sola cultura, que ésta se manifestaba una y diversa como respuesta a diferentes necesidades, pero que se trataba de una sola. Fueron ellos los que me hicieron comprender que la música popular, cuyo desarrollo tanto debía al teatro vernáculo, había sido siempre foco privilegiado de resistencia cultural. Fueron estos amigos, principalmente ellos, los que hicieron posible que situara la contradicción en términos más reales y contemporáneos. Pero la fisura no cesaba. En el entorno de mis amigos, no todos tenían la misma posición incluyente. Fue así, un tanto perturbado y un mucho «enredando sombras», como diría Neruda, que llegué a interesarme en el cine. Porque fue el cine el medio que se me reveló como la posibilidad de superar tan absurda dicotomía. Fue por esos meandros, en la búsqueda de un arte popular, como encontré en el cine la posibilidad de que la democracia llegara también a la cultura.

¿Cómo se presentaba este problema, ahora, ante el triunfo de una Revolución que le abría las puertas a una distribución más equitativa de la riqueza, que daba vía libre a la democracia en la educación y en la salud, que superaba el anacronismo de una sociedad dividida en clases? Si la Revolución rescataba, del pasado, la unidad de la cultura, ¿por qué en el presente habría de mantenerla fragmentada?

Muy temprano, en la reunión con los artistas y escritores, en la Biblioteca Nacional, Fidel definió el concepto que haría posible la superación definitiva de esa contradicción: «Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada.» Esa reunión había surgido al calor de cierta polémica en torno a una de las tendencias estéticas de entonces, que, manifestándose como espacio excluyente, había pretendido erigirse

en política cultural del país. El concepto planteado por Fidel rechazaba tal arrogancia y garantizaba, por el contrario, la más amplia diversidad de ideas y de posiciones estéticas dentro de la Revolución. Tengo como orgullo mayor pertenecer a un medio de expresión que supo hacer bueno ese concepto; hablo, naturalmente, del cine cubano. El cine cubano no logró ese aliento con posiciones excluyentes, al contrario, abrió sus puertas a todo talento verdadero sin mirar si era de una determinada tendencia, sin mirar siquiera si eran o no militantes del Partido Comunista. Los únicos excluidos eran los que persistían en su vocación anexionista, actitud que, de hecho, negaba la posibilidad de la existencia misma de la Revolución y, por lo tanto, del derecho a que existiera y se desarrollara una cinematografía nacional. Por lo demás, ni siquiera fue necesaria su exclusión. Se fueron por sus propios pies al lugar que justamente les garantizaba la paradójica libertad de no hacer cine y, si en algún momento se lo permitían, era para hacer puros panfletos políticos.

Sin embargo, a lo largo de todos estos años de Revolución, estas dos líneas que heredamos no siempre se han confundido en una sola línea. Persisten bolsones que las pretenden excluyentes. Posiciones altaneras que, lejos de favorecer su superación, alientan el paso de una sola de sus vertientes. Padece-mos todavía la ausencia, por ejemplo, en los planes de estudio, de legítimas manifestaciones de la cultura popular. No se trata, desde luego, de resucitar viejas postales por demás ya descoloridas. Se trata de no ignorar ninguna de nuestras herencias. No es Calibán quien rechaza la cultura de Próspero, es Próspero quien rechaza la de Calibán. Situación esta cada vez más grotesca si se tiene en cuenta que, en las actuales circunstancias, tanto Próspero como Calibán sufren las deformaciones propias del culto al mercado, así como de la uniformidad que impone una globalización digna de mejor causa. Justo es decir que ni siquiera en nuestro pasado prerrevolucionario, los intereses populares rechazaron las manifestaciones del arte y la literatura que una burguesía dependiente no supo defender ni promover. Ahora, cuando se han abierto cauces que nos permiten salir para siempre de la cultura fragmentada, es una necesidad cierta avanzar, cada vez más, en el proceso de integración de nuestra cultura. Vivo seguirá siendo ese proceso, en la medida en que sea cada día más auténtico y consecuente. Soy de los convencidos de que la mayor y más rica diversidad de ideas y, por lo tanto una cultura superior, no proviene de la sociedad dividida en clases, sino, al contrario, de la unidad de una nación donde todos puedan participar de sus objetivos múltiples.

En este aniversario cuarenta, son éstas las alforjas que cargo ligero y coherente como el fruto más preciado que me ha dado la Revolución. Hemos tenido y seguimos teniendo lágrimas pero, a diferencia del pasado, éstas son ahora lágrimas menos anacrónicas. Por otra parte, es verdad que vivimos tiempos difíciles. No sólo en Cuba sino también en el mundo. Pero para los que disfrutamos de estas herencias pienso que son más factibles de afrontar. Para algunos ser rebeldes significa, hoy, no ser rebeldes. Para nosotros ser rebelde seguirá significando ser fieles a lo mejor de nosotros mismos.